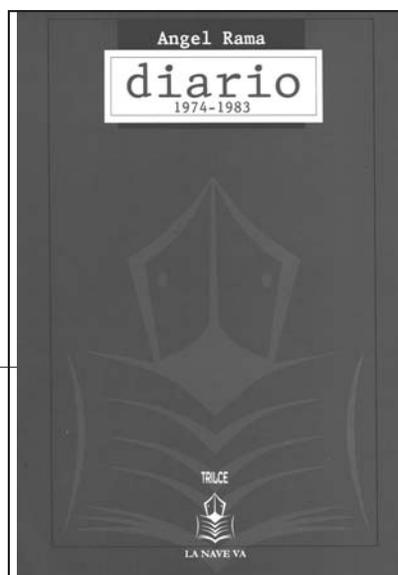

Rama, Ángel (2001).
Diario 1974-1983. Prólogo, edición
y notas de Rosario Peyrou. Ediciones
Trilce-Fondo Editorial La Nave Va,
Caracas, pp. 189.

Ángel Rama fue un destacado intelectual uruguayo que vivió en varios países latinoamericanos (incluyendo Venezuela), así como en Estados Unidos. Fue crítico literario y estudioso de la literatura de nuestro continente, y escribió para varios periódicos y revistas importantes como *El País*, *Marcha*, *Clinamen*, *El Nacional*, etc. Participó además en la fundación y dirección de varias revistas en Uruguay y otros países, y ejerció una importante gestión en empresas culturales como la Editorial Ayacucho. Políticamente inclinado a la izquierda, no dejó por ello de ser criticado a veces por sectores "ortodoxos" del marxismo, y asimismo debatió con moderados de inclinación más moderada que la suya, como Emir Rodríguez Monegal. Estas lides le quitaron tiempo para sus empeños intelectuales y contribuyeron a menoscabar su salud, la cual se resintió durante la última década de su vida.



Murió en 1983. Escribió varias obras, entre ellas: *Transculturación narrativa en América Latina*, *La ciudad letrada*, y *Las máscaras democráticas del modernismo*, publicada póstumamente e inconclusa.

La obra reseñada se suma, en nuestro siglo, a varias que en la pasada centuria desenterraron y expusieron muchos de los ámbitos más recónditos y profundos del alma humana a través de la publicación de cosas como notas privadas, diarios personales y correspondencias de diversos protagonistas de la cultura y la política. Ya fuesen hombres de Estado, reyes, emperadores, escritores, inventores, artistas o pensadores, desde el siglo XVII hasta hoy na-

die importante parece estar a salvo de que sus pensamientos más íntimos queden desnudados a la curiosidad o al desdén público. Más allá de si ello es bueno o no, parece impropio que si alguien escribió cosas para sí mismo, y no para compartirlas con *ningún* público, eso escrito sea puesto y dispuesto a la curiosidad de todos¹. Pero los editores, y economistas y contadores que les asesoran, han pensado –quizá con razón– que este tipo de exposiciones es demasiado lucrativo como para ignorarlo. Así, muchas de las biografías, o ediciones de cartas o manuscritos de tal o cual autor llegan hasta lo chismográfico en su deseo de revelar “en carne y hueso” la errátil mortalidad (y moralidad) de los expuestos. ¿Hay en esto un deseo de rebajar al otro? (y ¿podría ser ello una variedad de la envidia?) ¿O es simple (y malsana) curiosidad? En el fondo, no importa mucho. Como

dice un filósofo contemporáneo de esos sujetos biografiados: “Lo que tal gente crea es siempre algo mucho mejor de lo que ellos son”².

Más curiosa parece una suerte de epifenómeno concomitante con esta difusión de biografías, epistolarios y diarios contemporáneos: la elaboración *intencionada*, por parte de autores, de diarios, notas o cartas, los cuales ellos destinan a una posible publicación *post mortem*, o *in senectute*. Como si previendo ya cierta celebridad postrera o póstuma, escribieran todo eso queriendo lucir, íntimamente como desearían ser o como querrían que los demás los vieran. Un par de factores me hacen pensar que haya algo de eso en este *Diario* de Rama. En primer lugar, porque, para ser un diario íntimo, esta demasiado bien escrito. Rosario Peyrou –de quien no sospeché antipatía por el autor– dice en el prólogo que “Las dos libretas

- 1 Distinto es el caso de obras de investigación y pensamiento. Aunque sus autores las desearan inéditas, están, como toda elaboración de ese tipo, abocadas a una cierta interlocución que amerita su publicación, por el valor de sus investigaciones, y porque nos enseñan *cómo* trabajaban esos autores: qué dejaban de lado, qué consideraban más importante, cuáles fueron sus tropiezos, por qué no siguieron avanzando, etc. Ejemplo de lo referido son la publicación de la interesantísima obra *Arca de Letras y Teatro Universal*, de Juan Antonio Navarrete (cuyo autor deseaba fuera destruida tras su muerte), en edición crítica a cargo de Blas Bruni Celli, (2 tomos. Academia Nacional de la Historia, Caracas 1993) y la publicación de varias obras de Baruch Espinosa, quien tampoco deseaba fueran dadas al público. Se incumplió su deseo, y de ello resultó un gran aporte a la humanidad.
- 2 NAGEL, Thomas: *Concealment and Exposure*, Oxford University Press, Oxford, New York, 2002, p. 63.

de tapas duras" en que se contienen el diario de Rama "llaman la atención por la limpieza de la escritura, por las escasísimas correcciones, que no deben sobrepasar la docena en total" (p. 19). Eso revela mucho. Un diario íntimo está abocado a ser espontáneo y sincero, no a que lo lea la posteridad con admiración. Por ello casi siempre es un texto lleno de libertad... y donde abundan todo tipo de naturalidades y hasta crasos errores. Y no porque quien lo escribe no sepa cómo hacerlo, sino porque es escrito muchas veces sobre la marcha: en estaciones o en viajes, en salas de espera, en el baño, en un café, mientras esperamos a que termine de arreglarse nuestra mujer para irnos a la ópera, en la cocina, en un taller donde esperamos que nos arreglen el auto, o mientras se espera la comida en un restaurante, etc. Y a menudo es una escritura descuidada no por mala intención, sino por la premura e improvisación del medio donde nace en cada ocasión en que es alumbrada. Podemos encontrar en los diarios de las personas –si cometiéramos la indiscreción de revisarlos– manchas de grasa o de lágrimas o de pasta de dientes, hojitas de árboles, arenas de parques, páginas sucias de sudor o blancas de talco, unas escritas aprisa, otras con calma, unas más cuidadas, otras descuidadas, unas escrituras que se notan hijas de la prisa, mientras que otras se notan hijas de la calma. Y sobre todo, borrones, manchones, correcciones múltiples. No sólo por

cuestiones de ortografía, sino también para cambiar nuestros juicios, como por ejemplo, si escribimos: "Fulanito me parece poco inteligente" y borramos eso, y reescribimos la verdad: "Fulanito es invariablemente imbécil". Más que elegancia o forma, lo que podemos encontrar en un diario es honestidad; y claro: dureza, insulto, bajeza, pecado, soberbia, mentira, calumnia, envidia, y todo el resto de la repostería moral humana que se da en la existencia. Pero encontramos todo eso como cosa *abierta*, no encubierta y entre líneas. Ciertamente, puede leerse un diario entre líneas, pero los sentimientos deberían estar allí al descubierto, sobre todo si el autor se encara consigo mismo, y no con otros lectores. A veces, sólo escribe para desahogarse, y de allí que mucho de lo que se recoge en los diarios sea de un interés tan limitado.

Así pues, lo que generalmente encontramos en un diario es una persona de carne y hueso; a veces débil como la carne y dura como el hueso. Por eso, casi nadie sale admirable o incólume en su diario. Y es que un diario no es para salir admirable, porque en primer lugar *no es para salir* como ya se ha dicho. Es una elaboración intelectual sin duda, pero responde a otra dinámica que un reporte científico o un ensayo o un poema o una carta. El encararse consigo mismo es algo crítico: una oportunidad de mostrarse tal como se es, sin maquillaje ideológico, literario, intelectual, o estético. Y así, tan despojados, pocos "sa-

len" bien. Pues un diario, más que una fotografía, es una radiografía.

El segundo factor de duda con respecto a la transparencia de este *Diario* de Rama tiene que ver con la naturaleza misma de la obra. Un diario es, como su nombre sugiere, un registro de impresiones del día a día. Algunas escrupulosas personas anotan cada jornada sus cuitas y alegrías. El diario de Louis de Rouvroy, duque de Saint Simon, uno de los más célebres diaristas que ha habido, nos lo muestra con muchos defectos y virtudes, como un alma superformal y superficial, cuyo testimonio, por la riqueza de información y detalles que aporta, es capitalísimo para conocer la vida y la política del Versalles de Luis XIV, sobre todo porque es un testimonio *diario*. No todos los diaristas son así de constantes, y algunos escriben dejando pasar días o semanas, y hasta meses entre una anotación y otra.

Pero es extraño que si alguien se dedica a escribir *bien* un diario (y Dios entienda que pueda significar escribir *bien* una cosa así) deje pasar *hasta dos años sin escribir*. Rama dejó en blanco un lapso así (1975, 1976, y buena parte de 1977). Peyrou intuye que ello fue debido a sus muchas actividades y problemas económicos. Una vez superados éstos, Rama volvió "al ejercicio introspectivo" de escribir su *Diario*. Esto no lo puedo entender ni digerir. Porque un diario es mucho más que un mero "ejercicio introspectivo": es rendir cuentas con-

sigo mismo y para uno mismo de lo que uno es y de la propia vida. Y precisamente cuando se está más agitado por muchas actividades y problemas es cuando más debe registrarse esta auscultación de uno consigo mismo, que no es simple soliloquio, ni pura introspección, sino vaciar el alma en tinta y páginas expresando lo vivido. Diaristas ha habido que no han dejado de registrar su cuota de sí mismos en el papel inclusive en medio de una terrible guerra, o huyendo perseguidos, o en la cárcel (como el inolvidable *Diario Clandestino* de Giovanni Guareschi). Un diarista serio no puede pasar mucho tiempo sin escribir, *sobre todo si su vida está pasando agitación e incesante actividad*. No escribir porque se está en demasiadas cosas y ocupaciones es tan absurdo como dejar de pilotear el barco porque se está en tormenta, o dejar de pintar porque se pasa apuros económicos o existenciales (¡La cantidad de cuadros y obras literarias que *no* tendríamos si ello fuera así...!). Si Rama escribió este *Diario* con sinceridad, lo que uno se pregunta, matándose la cabeza, es: *cómo pudo dejar pasar más de dos años sin escribir*. No hallo explicación para algo así. Salvo mi sospecha de que no era auténticamente un diario.

Por ello, reseño este libro más como obra literaria que como otra cosa. Una vez dicho esto, asimismo hay que decir, como antítesis a todo lo expuesto, que esta obra, a pesar de su estilo elaborado y distanciado

del tono personal propio de un diario, también muestra frecuentes expresiones de desaprobación hacia quienes el autor sentía oposición, aversión o antipatía, que me hacen dudar de mis propias dudas acerca de la sinceridad del autor, y de que su *Diario* sea una obra tan impersonal, sólo pensado para la estima de lectores postreros. De hecho, lo personal aparece aquí tan patente y frecuentemente, que el texto parece una gesta épica moderna, donde el protagonista lucha con una aparentemente indudable superioridad moral contra la estupidez y otros defectos menos divertidos de algunos de sus semejantes con las costumbres canibalísticas comunes al medio intelectual (sobre todo, el medio intelectual latinoamericano) de fines del siglo XX. Todo un mundo "folklórico" se nos revela en este diario, y entre lo mucho para lo que puede servir es, precisamente, para asomarse a ese ambiente no poco amargo de los celos e intrigas académicas y literarias que existen en los ámbitos culturales de nuestros países (y sospecho que en otros países también). Rama expresa juicios regularmente descalificativos hacia *todos* quienes le adversan (en los diarios personales de otros autores es delicioso leer: "Fulanito me refutó en la conferencia queriendo señalar un error en mi investigación: tenía mucha razón el maldito hijo de perra. Es genial, es admirable en su lógica, como lo detesto, etc."). Rama no concede ninguna victoria a sus adversarios ni siquiera en la inti-

midad de su diario. De hecho, con frecuencia (quizá con involuntaria soberbia) considera inferior casi todo lo que le rodea. Posiblemente no quería aparecer como ingenuo ni siquiera ante sí mismo, ni siquiera en la intimidad de su diario. Quizá por ello asume cierta altura, en la cual nada le sorprende, o nada le sorprende mucho, y todo lo perdona. Todo lo aguanta y lo tolera con Profunda Sabiduría, y es comprensivo con las inteligencias que no pueden estar a la par de las ya inferiores a la suya en Argentina o Uruguay (y mucho más inferiores en otras latitudes). Sobre sí mismo, las impresiones que da la lectura son paradójicas, o abiertamente contradictorias (hablo de las impresiones que me dio *mi* lectura. La de otros lectores quizá sea más clara o feliz) A veces se acusa despiadadamente de defectos humanos que en realidad son bastante perdonables (uno sospecha que él ya se los ha perdonado a sí mismo con largueza); las más de las veces simplemente no revela las cosas que podrían darnos una imagen más auténtica de lo que era esta persona: tan envuelto está en lo que podría llamarse la perfección del "discurso". A diferencia de autores como San Agustín, Rousseau, Frank Harris, y otros, que a veces nos marean en sus autobiografías y diarios con el peso de la confesión de sus faltas, Rama pocas veces deja traslucir en esta obra sus fallas humanas. Ciertamente, debe haberlas tenido, pero aquí no las vamos a encontrar. Quizá debamos agradecer

esa reticencia. Registra sus triunfos como noticias triviales, rutinarias, y sus derrotas, con la complacencia del pesimista que ve confirmadas sus expectativas. Llegado un momento en la lectura, cuesta seguir creyendo que Rama tuviera razón casi siempre (escribo *casi*, para dejar un resquicio epistémico *pro forma*), y cuesta creer que quienes discrepaban con él estuvieran *siempre* equivocados. Cuesta creer en él como mártir continuo de la conspiración del resto del mundo.

Por otro lado, la obra también nos habla, ya más concretamente, de los diversos momentos que pasó Rama durante su periplo por varios países: sus dificultades vividas, las reflexiones que ellas suscitaron en el escritor, su salud. Hace referencias a muchos personajes importantes de la vida cultural venezolana y latinoamericana, sobre los cuales Rama es lapidario, como Rufino Blanco Fombona (“careció de gusto seguro en materia estética y no llegó a desarrollar una cultura artística. Fue ... frustrado hombre de acción, ... poco supo qué es ser artista”, p. 33), Neruda, Fernández Retamar, la *hiena hembra* “Sofía Imbert (sic) y el compuestito Carlos Rangel” (“Son grotescos, inferiores, pero dañinos, claro, perros rugientes al servicio de la oligarquía nacional...” p. 43), “el tal Sergio Antillano... prototipo del pirata venezolano” (p. 53), y muchos otros personajes más que sería largo listar. Desde luego, no sólo personas son maltratadas aquí, sino ciudades e instituciones (como

el CONAC), y explicablemente, los militares que gobernaron su país de 1974 a 1983. En general, sus juicios sobre las sociedades en que le tocó vivir o conocer son duros. Las tacha frecuentemente de provincianas y –sobre todo a Venezuela– de pueblerina. A los intelectuales de su país y sobre todo de Argentina les juzga cordialmente, con benévolo y aún magnánimo reconocimiento.

Para terminar, quedaría decir qué nos revela este diario del hombre Ángel Rama. Es plausible y razonable esta expectativa. Yo no creo que ella pueda satisfacerse. Leyendo este diario uno no puede ni condenar ni absolver ni comprender ni conocer a este escritor: sigue manteniendo su misterio, precisamente porque no se nos muestra muy auténtico. Decir que en este *Diario* se nos presenta una personalidad extremadamente egocéntrica y soberbia es demasiado ligero, y sería precisamente una contradicción de todo lo dicho sobre las características de esta obra, pues al no entregarnos muy real al autor, mal podemos juzgarle (Y me niego a admitir que esa predominantemente acartonada y pedante prosa de Rama sea *su* realidad: ese crédito le doy). Cuando uno escribe un diario, tiene que estar dispuesto, por lo menos, a decirse a sí mismo las cosas como son, sin mayores rodeos ni perfecciones. La franqueza es mala consejera en las relaciones humanas, pero es como un elemento necesario en esta relación que deciden llevar una persona con su diario. Si no

hay franqueza, si no hay la claridad de la indefensión, la luz que aporta la vulnerabilidad de quien baja sus defensas y sus temores para exponerse tal cual como es (y sépase que bajar esas defensas y aceptar ser vulnerable y errátil es difícil a todo el mundo, y quizá más a quienes viven de su pensamiento), si no se está dispuesto a esas cosas, a esos riesgos, entonces, mejor no escribir un diario. O preferiblemente, escribirlo para publicarlo ya claramente como obra literaria, con la licencia que da sacar al aire una creación que las reglas del juego liberan de una obligada sinceridad. Repito: hay en este diario frases, juicios, giros, sentencias brillantes y felices,

hijas de una verdadera inteligencia aguda y despierta. Y no pocos pensamientos profundos, reflexiones y meditaciones valiosas y que se nota son hijas de concentrada hesitación. En eso, este diario queda como muestra de la valía del ingenio de su autor. Pero, ante la pregunta *¿Es esto un diario?* La pregunta de si podemos encontrar en esta obra un diario íntimo y personal, un hombre de carne y hueso, prefiero dejar muda mi respuesta en un silencio que no otorga.

Luis Vivanco

Universidad del Zulia

E-mail: lvivanco99@hotmail.com